

RECTOR MAGNÍFICO
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES
PROFESORES, ALUMNOS Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS
SEÑORAS Y SEÑORES

No busquemos méritos, tampoco gracias, busco, busquemos servicio, servicio a los demás a través de la Universidad. Conozcamos lo pequeño, miremos hacia dentro, hagámoslo sin anteojeras, solo así sabremos cómo proyectar hacia fuera, con nuestras fortalezas pero también con nuestras debilidades. La autocomplacencia nunca es positiva. Trabajemos por el entendimiento, sabiendo que el desacuerdo, legítimo, nos acerca sin embargo al compromiso, al punto de encuentro que no es otro que trabajar y dar lo mejor de nosotros mismos por la Universidad. Conozcamos la realidad, introspectivamente, encarguémonos de ella y, solo cargando con la misma, parafraseando a Ignacio, Ignacio Ellacuría, la haremos mejor.

Hagamos, no esperemos a que otros hagan, ni esperemos a que hagan por nosotros, HAGAMOS, desde el rigor y la entrega, la generosidad intelectual y, sobre todo, humana. Solo haciendo sumamos, solo si sumamos nos hacemos mejores, y haciéndonos, servimos. Valores. Siempre los valores, el legado eterno que inunda y debe inundar al ser humano en su finitud. También a los profesores que cada día debemos aprender de nuestros alumnos, aspirando a lo mejor en generación y transmisión de conocimientos y valores, siendo *colaboradores corresponsables de la misión jesuítica* como advertaba el Padre Arrupe, quién tal día como hoy, hace treinta años, un 5 de febrero, fallecía en Roma.

Puede que haya otras profesiones igual de hermosas a la de profesor, pero ninguna más hermosa de algo que es, simplemente, vocación pura. Vocación de servicio. De superación. De huella, pues solo quién sirve, quién en el aula, en la investigación, en el comportamiento diario la siente y la mantiene viva, sirve al otro y, haciéndolo, se sirve a uno mismo. Esa es la gran recompensa. No necesitamos más. Pensemos en el hoy para saber afrontar el mañana, pero sin los lastres excesivos del ayer, ni la premura de las angustias del futuro. Rigor, templanza, prudencia y sentido común como brújulas.

Vaciamos nuestra vanidad, nuestros egos y nuestra superficialidad al servicio de los demás, del alumno, de la sociedad, de la justicia. Vivamos con profundidad ese sentimiento y ese servicio desde el derecho, desde y hacia la justicia. Una misión que nos debe proyectar fuera del aula, fuera de estas paredes, pero también dentro de ellas. Una misión que debe empujarnos a dar respuesta a muchos de los problemas del hoy, conscientes de lo que debemos hacer, pero también y, sobre todo, de lo que podemos hacer. Con la responsabilidad por formar a nuestros alumnos y alumnas en conocimiento, en valores, en respeto, en tolerancia, en diálogo, en compromiso, en ejemplaridad, sabiendo distinguir lo esencial de lo superfluo, sin miedo a cambios, por pequeños que estos fueren.

Siento deuda y gratitud hacia la vida académica y universitaria, en ocasiones, injustamente denostada por muchos aun siendo cuna de excelencia, de libertad y

pluralidad. No dejemos que la endogamia, la cultura de la queja constante y, la atonía intelectual embarguen nuestros horizontes. UNIVERSIDAD con mayúsculas. Ni más, ni tampoco menos. Medianías y simplismo siempre los ha habido y los habrá, bien enjauzados de vanidad y egoísmo maniqueo. Pero éstos no pertenecen sólo al ámbito universitario, son constantes y presentes en una sociedad donde todo se relativiza, desde el pensamiento a los valores, los principios y los comportamientos. Abúlica de sí misma, ensimismada en la nada. Una sociedad raquílica de pensamiento, indolente y pasiva, silente y sumisa, quizás el sino amargo de nuestro tiempo. El que nos rodea y abraza al salir de nuestras aulas, la que envuelve la atmósfera de nuestra propia cotidianidad. Coraje y valor son remedios frente a la cobardía moral. Seamos capaces de ofrecer algo más a nuestros alumnos. Abramos mentes, construyamos seres críticos desde la palabra y la reflexión, el diálogo y el debate, pero sobre todo y, por encima de todo, desde el compromiso y la tolerancia radical al servicio del otro, de los demás.

La Universidad debe seguir siendo un faro que ilumine, una atalaya que ofrezca respuestas a los problemas, un cuaderno de bitácora que marque sendas, rumbos, pero sobre todo forje el liderazgo responsable y comprometido de nuestros jóvenes. No pongamos vendas. No caigamos en el auto-conformismo, ni en los eslóganes superfluos de la excelencia. Ésta se construye día a día, con esfuerzo, tesón, dignidad y honestidad. Alumnos que simbolizan algo que hoy es olvidadizo o quizá quebradizo, la ejemplaridad con mayúsculas.

Soy consciente de lo que hoy significa tomar posesión como Decano, como también lo soy que todo lo que tiene un comienzo necesariamente debe y tiene que tener un final. Y ese final llegará.

Debemos mirar hacia nosotros mismos, hacia nuestros estudios, buscando siempre la mejor formación. Mas sabiendo por donde discurre el pulso de la sociedad. Sabiendo incluso anticiparnos, comparar, proponer, siempre desde el rigor y la exigencia. Probablemente no hay carrera en la que haga menos falta la memoria que el Derecho. En un ordenamiento como el actual, complejo y rico a la vez, con tantos multiniveles, desde el local al internacional, hay que estudiar la aplicación del Derecho desde múltiples ópticas. Valoremos, examinemos con amplitud de miras este sistema jurídico. Hagámoslo desde múltiples ópticas e intereses. También sociales y humanos. En Derecho, cada caso es único, rico, versátil, dúctil y eso exige una capacidad de análisis y comprensión que choca con lo memorístico. Sigamos enseñando a argumentar, a analizar, a discrepar desde el conocimiento riguroso, la reflexión pausada, desde la lógica jurídica, no distante de la lógica y el análisis económico. Siempre con un pie en la realidad práctica y una desbordante casuística que rompe rancios moldes y arquetipos doctrinales. Liderazgo.

Son muchos los retos que en los próximos años tenemos todos por delante, dentro y fuera. Mejorando lo que es mejorable, custodiando lo bueno que se ha hecho, que es mucho y generoso gracias al esfuerzo de muchos que nos anteceden y han antecedido. Dando un enorme salto en investigación. Con el revulsivo que suponen nuestras cátedras de investigación, nuestros observatorios legales. En transferencia. En

internacionalización. Cooperando y abriendo camino con las administraciones públicas, con los despachos, los colegios de abogados, las empresas, etc.

Colaboremos todavía más con nuestras facultades, con todas, porque con ello sumamos, con nuestra facultad hermana, ADE, con ICAI, con Ciencias Humanas y Sociales donde el derecho está presente en sus planes de estudio. Con la lealtad y la generosidad mutua de siempre.

Trabajemos por una renovación y relevo pausado pero cierto de nuevas incorporaciones e investigadores a las áreas. Un reto donde todos somos necesarios, en el puesto que sea. Por vuestra capacidad, conocimiento, experiencia, visión, necesito escucharos a todos. Profesores, coordinadores, directores de departamento, pero también másteres, admisiones y promoción, prácticas, personal de administración y servicios, etc. Se hace camino al andar, y juntos, se hace de manera más inteligente y comprometida. Y, por último, ESCUCHAR, ESCUCHAR, ESCUCHAR.

Hace ahora veinticinco años que salí de estas mismas aulas, y veinte que defendí en esta misma sala en marzo de 2001 la tesis doctoral. Es esta la segunda vez que leo en mi vida un discurso. Quiénes me conocéis sabéis que no gusto de leer, tampoco de improvisar, sino de hablar desde el sentimiento y la emotividad. Hoy es día solemne y como tal manan y fluyen atropelladamente al rápido escribir del teclado y la mente estas palabras.

Palabras de enorme agradecimiento a la Universidad y a la Facultad de Derecho. Encarnada en los diferentes decanos que he tenido como alumno, becario y profesor. A todos, mi respeto y en todos ellos siempre mi lealtad y disposición. Manuel Gallego, Valentina Gómez Mampaso, Joaquín Almaguera, quién en marzo de 1995 cursando yo quinto de carrera se acercó al aula ofreciéndome la posibilidad de una beca predoctoral. Fue aquél el comienzo de toda esta andadura académica. A Antonio Obregón de quién tuve el honor de estar en su equipo decanal. A Concepción Molina igualmente en su equipo, y ahora a Íñigo Navarro, primero profesor mío, nuestro, compañero y Decano. Gracias Íñigo por el trabajo y el testigo que hoy me entregas por estos años de enorme dedicación, tesón y esfuerzo, unas gracias que extendo a todos tus equipos decanales de estos nueve años y cómo no, a este equipo que ha trabajado contigo codo a codo, dando todo lo mejor. Es de justicia no solo reconocerlo, sino también agradecerlo. Gracias decanos por vuestras huellas, trabajo y estímulos hoy presentes.

Gracias a los Rectores que he tenido y conocido o tratado, Manuel Gallego, José Ramón Busto y Julio Martínez, nuestro Rector actual. Gracias Julio por la confianza, por ese voto, por el aliento, por el apoyo y por el buen hacer y quehacer de estos casi nueve años gestionando, gobernando esta magnífica, nunca mejor dicho, Universidad.

Gracias al Claustro de mi Facultad que me ha brindado un extraordinario apoyo para ser decano los próximos tres años. No puedo negar la sensación de embargo y emoción por esa confianza, que no menor por el sentimiento de enorme responsabilidad y deuda.

Gracias a mis alumnos en estos 20 años de docencia solo interrumpida por esos tres años de excedencia. Sois ejemplo, sois pulso, renovación imperecedera de mi compromiso con la Universidad. Sois una fuente de razón y vocación permanente.

Gracias a las personas que hoy integran o integrarán en los próximos días el equipo decanal y que ya todos conocéis y que en estas últimas semanas han estado reuniéndose con el equipo saliente que nos ha brindado todo su apoyo, disposición y conocimiento para esta transición.

Gracias María Burzaco, José Luis Rey, Antonio Alonso, María José López y Miguel Martínez por vuestro apoyo, por vuestro sí incondicional, por vuestra disposición y trayectoria, por la ilusión responsable que derrocháis, por el esfuerzo y renuncia que va a suponer al mismo tiempo estos años y por qué sé que desde el tesón y el esfuerzo vais a dar lo mejor de vosotros mismos y por el bien de la Facultad y al servicio de la Universidad, siempre la Universidad. Sé que tampoco buscáis las gracias, ni los méritos, sino el servicio. He querido aunar en este equipo experiencia y criterio, responsabilidad y visión.

Todo empezó en 1995 cuando solicité aquella beca predoctoral recién licenciado. Y aquí el agradecimiento se detiene y también el recuerdo a dos personas, a mi director de tesis, Antonio Pérez de la Cruz, fallecido en 2009 y a María Luisa Aparicio González, fallecida este pasado abril por culpa de esta pandemia. Ambos tenían 66 años, la plenitud y madurez académica. Marisa me tuteló, me cuidó y orientó no solo desde aquel momento, sino a lo largo de toda su vida. Para ella hoy este acto sería no solo emocionante sino gratificante. En su recuerdo, mi homenaje personal.

Y ahora las gracias cobran para mí una emotividad diferente y más honda. Gracias a la familia. Pero desde el recuerdo primero a los que ya se han ido y que hoy, pese a toda esta situación tan especial que nos ha tocado y sigue tocando vivir y de la que solo debemos aprender, estarían emocionados y lo vivirían de un modo único y lleno de orgullo. Uno jamás puede ni debe olvidar de dónde viene y quién es, ni tampoco a los suyos. Gracias a esa maravillosa familia de ese hermoso reino que es Galicia y duerme recostado sobre el Atlántico. A ellos más allá del vínculo de sangre, el vínculo de amor, férreo, materno y fraterno. Gracias a José Veiga, al hombre bueno, al padre ejemplar y honesto quién siempre supo que el sacrificio y entrega por los suyos solo es amor. Vives en mí.

Gracias a Carmen. El amor de mi vida. El motor y la brújula. La amiga, la compañera, la persona, la esposa, la madre. Siempre la palabra prudente, el consejo oportuno, la tranquilidad y la paz, además de esa sonrisa infinita. Gracias por tantos y tantos años que nacieron en estas aulas y hoy están más vivos que nunca. Gracias a Pepe y a Pablo, otros dos amores y la razón de ser de casi todo. Ellos son presente y futuro y todo tienen por vivir. Y hoy estáis aquí. Sois un faro permanente de orgullo y amor. Gracias a mi otra familia, extremeña, por tanto amor y generosidad hacia mí y mis hijos.

Y gracias a tantos amigos, algunos estáis hoy aquí sentados y otros me estáis viendo. Por el apoyo, por la amistad, por saber que siempre estáis ahí. Sin distancia, porque solo el olvido hiere.

Gracias a todos los que hoy, de un modo u otro me estáis acompañando en este importante acto académico y universitario.